

nado con las ligaduras de la Religión, sería una bestia feroz.» Y á fe que puede creerse, porque, en realidad, Francisco, valenciano y Borja, no era insensible ni apático. No á su temperamento, sino á la lucha obstinada consigo mismo, debía Borja su ordinaria humildad y su amabilidad bondadosa, siendo por esto mucho más admirable. Escandalícese quien quiera de las revelaciones de Nadal; estas fotografías sin retoques son las únicas que dan el exacto parecido.

3. *Las contradicciones.—Borja y Carlos V*

Vencido por las miserias, los embarazos económicos y el inmenso cansancio de reinar, y cediendo á un deseo que, ya en 1542, después de su desdichada expedición á Túnez, había vagamente insinuado á Borja, abdicó Carlos V en Bruselas, el 25 de Octubre de 1555. Al punto tomó su decisión de retirarse á un convento de Jerónimos, y, desde Flandes, mandó disponer, para ser recibido, el monasterio de Yuste, en Extremadura. El 12 de Noviembre de 1556 llegaba el emperador á casa del conde de Oropesa, al castillo de Jarandilla, y el 5 de Febrero de 1557, se encerraba en Yuste, decidido mientras viviese á no pasar *más allá*.

El emperador volvía de los Países Bajos con sus dos hermanas, Leonor, dos veces viuda, de Manuel de Portugal y de Francisco I de Francia, y María, viuda de Luis II, rey de Bohemia y Hungría, no hacía mucho tiempo gobernadora de los Países Bajos.

Circuló por España, la noticia de que Carlos V y la reina de Hungría llegaban cargados de prevenciones contra los Jesuitas. Los envidiosos, que eran en gran número, contenidos por la presencia de la princesa Juana, acogieron con gozo este rumor. En Córdoba, una de las ciudades que mejor habían acogido á la Compañía, «nada faltaba—escribíase en 1555—para quemarnos á todos y al Padre Francisco el primero.» En Toledo, el Arzobispo Silíceo no se desarmó nunca. En Zaragoza, suscitóse, en 1555, contra la Compañía una oposición ridícula por lo odiosa, la cual tenía por sostén al arzobispo D. Fernando de Aragón, tío de Francisco. La razón de ello era miserable; temíase que la casa de la Compañía no malversase las limosnas. La iglesia de los Jesuitas, solemnemente abierta el 17 de Agosto de 1555, fué poco después cerrada. Bandadas de niños, que llevaban pendones en los cuales habían demonios pintados, fueron lanzados contra la casa, á la cual apedrearon, haciendo el clero durante tres días procesiones increpatorias para atraer sobre ella la maldición divina. La multitud, alucinada, tomó á los Jesuitas por infieles, enviados del Anticristo, y, por fin, fueron ignominiosamente expulsados de Zaragoza. Solamente una mujer resistió la tormenta: la hermana de Francisco, D.^a Luisa de Borja, condesa de Ribagorza, quien abrió á los proscritos su casa de Pedrola, lo cual le valió la excomunión de su tío. Pero el día de la reparación, no tardó en llegar: la princesa regente citó á su tribunal á los principales cabecillas, del

motín; éstos espantados á su vez, se retractaron é hicieron buena cara á los que habían insultado; la ciudad, engañada por un momento, abandonó sus prevenciones; los proscritos fueron llamados de Pedrola, y, como es fácil de suponer, recibidos en triunfo. Desde lejos, preparó Francisco este cambio de fortuna, que empleó con caritativa reserva. Su presencia en Zaragoza hubiera disipado, sin duda, más rápidamente la borrasca, pero el duque de Segorbe tenía sus tierras en Aragón, y una razón de conveniencia impidió siempre á Francisco encontrarse con aquel cuyo hijo había sido muerto por Diego de Borja.

En el mismo Valladolid, á la vista de la Regente y de Francisco, el ilustre dominico Melchor Cano no se cansaba de difamar á la Compañía, tomando á pechos la misión de denunciar, en la nueva Orden, una encarnación del Anticristo, y dando, entre otras razones, la prueba inaudita de que los Jesuitas impulsaban á la frecuentación de los sacramentos. Ni la prohibición de su provincial, ni la autoridad de la regente, ni la del nuncio, ni la del buen sentido, detenían á Cano. Echando en olvido los beneficios del fundador del monasterio de Lombay, Cano, en un sermón al cual asistía Francisco, llegó á decir: «Apartaos de ese hombre, que ayer era soldado y hoy se hace santo.»

No fueron los Jesuitas los únicos que sufrieron los rencores de Melchor Cano. Uno de sus hermanos en religión, Bartolomé de Carranza, fué nombrado en 1557, y bien á pesar suyo, arzobispo de Toledo y cardenal. Cano, que

siempre le había envidiado, descubrió en un catecismo publicado por el sabio cardenal proposiciones heterodoxas que denunció con implacable encarnizamiento. El gran inquisidor Valdés, arzobispo de Sevilla, estaba resentido con el religioso que le había arrebatado la silla primacial. Carranza fué detenido el 20 de Abril de 1559, y pasó diecisiete años en la cárcel. Los Papas tuvieron gran trabajo para abocar la causa á su tribunal. Pío V murió sin tener tiempo de absolver al cardenal, al cual hizo ir á Roma, y Gregorio XIII, por el bien de la paz, hizo una transacción; en 1576 liberó al prisionero y le pidió su dimisión. Francisco de Borja era amigo de Carranza y lo fué siempre. El acusado invocó su testimonio, y esta simpatía comprometedora valió á Borja la terrible enemistad de Valdés.

Tales contradicciones ocasionaron á Francisco amargos dolores. La oración era su refugio, pero algunas veces, cuando se hallaba demasiado abatido, como su patrón, San Francisco de Asís, pedía algún reposo á la música; su compañero el H. Marcos, le tocaba la flauta, y él acompañaba á Marcos cantando motetes á la Virgen.

Alguien, sin embargo, le protegía aún: el emperador. Apenas llegó Carlos V á Jarandilla, cuando preguntó por su antiguo favorito. Verdad es que al mismo tiempo la princesa Juana prevenía á Borja de que el emperador le quería aconsejar que se hiciera jerónimo ó cartujo, y vivir junto á él.

Francisco llegó á Jarandilla el 25 de Di-

ciembre. Cuando se presentó para besar las manos del príncipe, éste le abrazó, y ambos mostráronse muy conmovidos. El emperador dijo al grande de España que se sentara y se cubriera; Francisco protestó. El emperador recordó sus antiguas confidencias: había afirmado á Borja que si creía alguna vez al príncipe Felipe en estado de gobernar, resignaría en él el poder. Rogó á Francisco que repitiera esta conversación, prueba de que su retirada no era efecto de un capricho reciente. Se informó de las penitencias que hacía Francisco, y se admiró de que, queriendo hacerse religioso, hubiese preferido su amigo la Compañía á una antigua Orden. Tocábase con esto el punto delicado, por lo que Francisco rogó á Carlos V que suspendiera la conversación para más tarde.

Al día siguiente, después de comer, el emperador llamó á Borja y le obligó á sentarse y cubrirse. Interrogado sobre los motivos que le habían dictado su elección, Francisco respondió con una franca apología de su Orden. Fustigó las calumnias miserables de que era objeto la Compañía; ofreció su lealtad en garantía de la santidad de su regla, y disipó, una por una, las prevenciones de Carlos V, quien exclamó, al fin, colérico: «¡Cómo me han engañado!» La plática duró cerca de tres horas. Carlos V encontró á su huésped «bien diferente del tiempo en que era marqués de Lombay». Le rogó que volviera pronto, y apenas hubo partido, repitió con frecuencia: «¿Qué es nuestra retirada del mundo, si la

comparamos con la del P. Francisco de Borja?»

De Jarandilla pasó Francisco á Avila, en donde otra alma le esperaba. A ruegos de Francisco de Salcedo y del P. Padranos, dirigióse un día, al monasterio de la Encarnación, á ver á la Madre Teresa de Jesús. La Santa encontró en Francisco un guía experimentado y seguro, que la tranquilizó en su camino, y le encargó que cediera al atractivo de la gracia, pues, de resistirla, se engañaría. Únicamente le aconsejó que comenzara sus oraciones por la meditación de un misterio de la Pasión, y que si después Dios la elevaba á la contemplación, se dejara arrastrar. Francisco indicaba, sin duda, á Teresa su propio método.

A partir de esta entrevista, Francisco no habló ya de la Santa sino para elogiarla en gran manera, y dícese que no cesó de cartearse con ella. Santa Teresa sobrevivió diez años á Francisco, pero, por desgracia, no nos ha quedado nada de tan preciosa còrrespondencia.

Al año siguiente, Borja fué llamado á Yuste. En una de estas entrevistas, el emperador confió á su amigo un escrúpulo. Temía haber cedido á la vanidad al escribir el comentario de sus campañas⁽¹⁾, y preguntaba si debía destruirlo. Nada se sabe de la respuesta que le dió el religioso, pero las memorias no fueron destruídas, pues el mayordomo Quijada no hubiera olvidado relatar un hecho de esta importancia. A otros, y no á Francisco de Borja, debemos imputar la pérdida de estos escritos,

(1) A partir de 1515.

en gran manera elogiados por Guillermo Van Male.

El rey de Portugal Juan III murió el 11 de Junio de 1557, dejando el trono á su nieto D. Sebastián y la regencia á la reina Catalina, abuela del rey. La muerte de Juan III inquietaba á Carlos V. D. Sebastián no tenía otro heredero directo que su tío, el cardenal Enrique, y Carlos soñaba, en caso de morir el joven rey, con colocar la corona de Portugal en las sienes de su nieto Carlos. Quería, en todo caso, casar á D. Sebastián con una hija de la reina de Bohemia, impidiendo de este modo el enlace del rey con una princesa de Francia. Manuel el Afortunado tuvo á su segundo hijo y sucesor, Juan III, de su segunda mujer, María de Aragón, cuñada suya. Habiéndose esparcido el rumor de que Manuel había contraído este matrimonio sin legítima dispensa, y que, por consiguiente, Juan III no tenía derecho alguno á reinar, Carlos V quiso saber el fundamento de esta opinión. Finalmente, el emperador deseaba conseguir que la princesa María, hija de Manuel y Leonor, hermana de Carlos V, consintiese en dejar á Portugal para vivir en España con su madre. Lo que hacía más odiosa á la princesa María su permanencia en España, era que Felipe II, á la muerte de su primera mujer, hubiese pensado en casarse con ella, prefiriendo después á María Tudor. La corte de Lisboa quedó muy ofendida, y la princesa María nunca se consoló.

En el mes de Agosto de 1557, el emperador mandó ir á Yuste al P. Francisco, y le encargó

que fuera á Lisboa á negociar estos diferentes asuntos.

Borja partió en seguida con los PP. Bustamante y Dionisio Vázquez y el Hermano Marcos.

Cerca de Eboramonte, en Portugal, aconteció al buen Bustamante una aventura, de la que Francisco hubiera podido sacar un fatídico presagio. Quedó solo en la posada Bustamante, y arrebatado de un hermoso celo, exhortó al posadero á ser buen cristiano. Entre otros consejos, le recomendó que rogara por el rey D. Sebastián, cuya muerte traería como consecuencia la anexión de Portugal á España. Lastimado en lo más vivo, respondió el portugués con injurias que amotinaron á los vecinos. Iba á jugarse una mala partida á Bustamante, cuando Francisco volvió de la iglesia á donde había ido para decir misa. Hubo explicaciones; Francisco calmó á aquellas buenas gentes, pero á fin de evitar nuevas imprudencias de Bustamante, que ignoraba, por lo demás, la misión de su superior, le hizo volver á España.

Vázquez y Borja llegaron á Evora muy cansados. A Borja le atacó una fiebre tan intensa, que estuvo á punto de fallecer. Advertida del peligro, ordenó la reina que le llevaran en litera. Para pasar el Tajo depositóse al enfermo en una barca, la cual, arrastrada por el viento, siguió la corriente, con gran espanto de los marineros. El único que no perdió la serenidad fué Borja, quien comunicó á los demás su sangre fría, y por la noche llegaron á Lisboa.

Deseosa la Reina de terminar la convale-

cencia del enfermo, le hizo conducir al palacio de Xobregas, en una isla del Tajo. Francisco permaneció allí tres días. Al tercero, visitando un convento de Franciscanos, vecino del palacio, recomendó á los religiosos que abandonaran el ala que miraba al mar, y él mismo, apenas regresó á Xobregas, ordenó á sus compañeros que le siguieran á Lisboa. El tiempo era hermoso, por lo que esta huida repentina parecía un desatino. No obstante, se obedeció, y á la noche siguiente, un ciclón destruyó la parte habitada del palacio y causó grandes daños en el convento.

La reina regente dispensó á Borja las más grandes atenciones. Le pagó con excelentes palabras, y no obstante declarase favorable á la candidatura del príncipe Carlos, manifestóse muy admirada de que se hablase en Castilla de la eventualidad de la muerte del rey Don Sebastián. Mostróse dispuesta á la alianza del rey con una hija de la reina de Bohemia, desvaneció sin trabajo las dudas relativas á la legitimidad del matrimonio de Manuel y de María de Aragón, y prometió todo su apoyo para conducir á España á la princesa María.

El único efecto de la embajada de Borja fué una corta visita que la infanta María consintió hacer á su madre en Talavera. Poco tiempo después, volvió á Portugal, y la reina Leonor quedó tan afligida de este abandono, que murió de pena, precediendo muy poco tiempo á su hermano á la tumba.

El 21 de Septiembre de 1558, espiraba en Yuste el emperador Carlos V. Preguntó va-

rias veces, durante su agonía, dónde se encontraba el santo Padre Francisco de Borja. El emperador nombró á Francisco uno de sus ejecutores testamentarios. El religioso quiso excusarse, pero, á ruegos de la princesa Juana, aceptó este último testimonio de la amistad imperial. En el oficio solemne, celebrado en San Benito de Valladolid, consintió también en pronunciar la oración fúnebre del príncipe. Con Carlos V perdía Borja un señor fielmente servido, tiernamente amado, que nunca le había traicionado, y que le hubiera defendido de próximos infortunios.

Con Carlos V veía desaparecer lo mejor de su pasado.

4. *La prueba y la huida*

El 8 de Septiembre de 1559, venía Felipe II á reinar en España. La princesa Juana abandonó al instante la regencia del reino, y se retiró, en Madrid, á un convento de Clarisas que ella había fundado, y del cual era abadesa una hermana de Francisco de Borja.

Desaparecido el emperador y suprimida la regencia, quedó el campo libre á los enemigos de Borja, los cuales se apresuraron á ocuparlo. De suyo, Felipe II no hubiera sido hostil á Francisco. El mismo año le pidió, desde Bruselas, una memoria de los candidatos más aptos á los más importantes empleos del reino, y siguió casi todas las indicaciones de su concienzudo consejero. Acababa también de conferir á Galcerán de Borja el título de marqués de Na-

varrés. Pero el rey fué hábilmente engañado.

Felipe tenía contra los Borja justos motivos de queja. Por atención, sin duda, á Francisco, no castigó la regente á los asesinos de D. Diego de Aragón, y el duque de Segorbe, padre de la víctima, pedía venganza.

Los caballeros de Montesa estaban obligados al celibato, y, más que ningún miembro de la Orden, debía observar esta ley el Gran Maestre. No obstante, en 1557, Pedro Galcerán de Borja quiso tomar por esposa á Doña Leonor Manuel, dama de honor predilecta de la princesa Juana. La princesa, que deseaba en gran manera esta unión, pidió y, á fuerza de instancias, obtuvo del Papa las dispensas necesarias, pero al rey no le faltaba razón para mirar este matrimonio como una decadencia de la Orden de Montesa.

Añadíanse á estos motivos injustas preven- ciones: el rey reprochaba á Borja las limosnas y los súbditos que enviaba de España á Roma, su afecto por el cardenal Carranza, y sobre todo, el ascendiente que ejercía sobre la princesa.

Dos hombres hubieran podido entonces defender á Francisco: Ruy Gómez y el P. Aráoz, ambos muy amigos. Ruy Gómez, hombre hábil, sólo se cuidaba de conservar su valimiento, por lo que abandonó á su antiguo compañero de armas, su pariente y amigo. En cuanto al P. Aráoz, lejos de calmar la irritación del príncipe, pareció que la atizaba. Inconscientemente ó de intento, por falta de simpatía ó de valor, de buena fe quizás, contri-

buyó á la profunda desgracia en que iba á caer Borja.

No tardó en añadirse á las precedentes una nueva queja. Siendo Francisco duque todavía, compuso en 1548, un opúsculo, reimpresso en Amberes, en 1556, y titulado *Las obras del cristiano*. Como un editor español, al publicar esta obra, le añadiese otros opúsculos de autores anónimos, condenóla la Inquisición. Era este un hermoso triunfo: los rencores podían ahora cubrirse con el manto de una causa piadosa y estallaron todos á la vez. Se supuso hereje al P. Francisco; ¡él, que no hacía mucho tiempo protegía á sus hermanos con su prestigio indiscutible, los perjudicaba ahora!

Este gran desastre de su honor fué precedido de sacrificios más íntimos. En 1559, perdió Borja á su yerno, el marqués de Alcañices. En 1558, su hija Isabel, condesa de Lerma, moría casi súbitamente en Tordesillas. Aquel mismo día, pasando Francisco por Valladolid, dijo de repente: *Requiem aeternam dona ei, Domine!* Se le preguntó el sentido de estas palabras. «Es—respondió—por mi hija Isabel que acaba de morir.» Volvió á palacio, y después de haber conversado detenidamente con la princesa Juana, recomendó á ésta el alma de su hija. La princesa quedó asombrada de tanta sangre fría. Todo era aparente: Francisco era padre y sufría, pero, como declaró él mismo á un gentilhombre sorprendido de su resignación, habiendo dado á Dios su corazón y todos sus afectos, aceptaba sin turbación que el Señor le sacrificase.

«El P. Francisco—escribían al P. Láynez— evita hasta tal punto la estimación y la gloria, que algunas veces le he dicho que tal desprecio de su honor y renombre perjudica á la caridad que debe al prójimo y á toda la Compañía. Creo que, en su gran amor por Dios, no pudiendo sufrir el martirio que pide constantemente, quiere obtenerlo á costa de nuestro perjuicio con el sacrificio de su reputación. También sospecho que todas estas desgracias son dones que Dios le concede, á fin de que respaldanza más su santidad. Para probarlo, parece que Dios ha permitido al demonio extender su mano sobre todo lo que le pertenece, sus hijos, su casa y su persona. Para aumentar la santidad de su siervo, espero que Dios no permitirá al demonio extender también su mano sobre la Compañía. Su santidad es tan grande, que á mi juicio hay santos en el cielo con los cuales no se ha mostrado Dios tan pródigo en dones como con él.»

Francisco supo la condenación de su libro el 11 de Septiembre de 1559. A consecuencia de una medida semejante, el cardenal Carranza había sido detenido el mes anterior. Borja no se hallaba más protegido de los golpes de Valdés que el Primado de España. Así, como el 21 de Noviembre de 1559, el cardenal infante de Portugal le invitase á la inauguración de la Universidad de Evora, aceptó de buen grado, dejando que la tempestad descargase detrás de él.

La acogida que le hicieron en Portugal le indemnizó de las injusticias que había sufrido en

Castilla. Aunque enfermo, predicó la cuaresma siguiente en Evora. Se le subía á un mulo, que le conducía á la catedral, y aun á veces era llevado al mismo púlpito. «No pido que predique—decía el arzobispo,—sino solamente que se presente en él.» La reina le recibió en Lisboa con la más sincera veneración. Francisco partió en seguida para Coimbra, después se retiró á Sanfins, en los confines de Portugal y de Castilla. El 10 de Agosto de 1560, abrió una casa en Porto. El arzobispo de Braga, D. Bartolomé de los Mártires, dominico, le llamó en seguida para fundar un colegio en su ciudad episcopal. De este modo continuó Borja en Portugal, durante dos años, el curso de sus predicaciones y fundaciones.

Pero su huida sorprendió é irritó profundamente á sus enemigos de España, alarmando también al P. Láynez, General de la Compañía, el cual temía que Francisco no hubiese abandonado su puesto por desaliento ó por un deseo más vivo de soledad. «No hay que detenerse—le mandaba á decir—hasta el fin.» Y le escribía cartas tanto más inquietantes, cuanto menos descifraba las causas de una retirada tan perjudicial á las provincias de España.

Como el P. González de la Cámara, asistente de España y Portugal, debía ser reemplazado, juzgó Láynez oportuna la ocasión para llamar á Borja á Italia. El 29 de Junio de 1560, le propuso el cargo de asistente, y le preguntó si podría ir á ejercerlo en Septiembre. A fin de desembarazar á Francisco

más fácilmente de las ligaduras que le retenían, el mismo Pío IV le invitó, cuatro meses después, por medio de un breve, á presentarse en Roma, cuando su salud se lo permitiera.

Francisco vaciló mucho tiempo sobre lo que debía hacer. Partir sin el consentimiento de Felipe II, parecía peligroso, é ir á pedírselo no era menos temerario. Nadie osaba aconsejarle una partida que había de disgustar al rey. Por fin, el 7 de Junio de 1561, resolvióse á ello, y redactó la nota siguiente: «Yo, Francisco de Borja, digo que, en vista del voto que tengo hecho, en mi profesión, al Soberano Pontífice, de ir en misión á cualquiera parte adonde S. S. me envíe; en vista de que en nuestras Constituciones se dice que debemos, con todas nuestras fuerzas y en primer término, obedecer al Soberano Pontífice; viendo, además, que el P. Nadal me dice que, con motivo del breve de S. S. que me ordena ir á Roma, la determinación queda en mis manos; que no estoy obligado á seguir ni su aviso ni el de nuestro Padre General sobre este punto, y que mi decisión personal la tendrá por la buena y mejor, aunque mi mal estado de salud no me permite tales fatigas, gracias á la facilidad que se me ha dado de ir por mar—ya que un viaje por tierra sería penoso, á causa de mis padecimientos,—espero, gracias al Señor, *quod obsequium hoc erit rationabile*, que me dará fuerzas para obedecer, como hasta aquí he podido hacerlo, á pesar de mis enfermedades. Aunque debiese morir obedeciendo, no sería

mala campaña. En Coimbra, á 7 de Junio de 1561. Francisco.»

Pío IV volvió á llamar á Borja con un segundo breve, fechado en 20 de Junio de 1561. Cuando este breve llegó á España, Borja estaba en Roma. Se embarcó en Porto, esperando llegar á Francia por mar, pero tanto sufrió el primer día de navegación, que tuvo que ganar la costa. Decidióse á penetrar en España é hizo noche en Villalpando, á riesgo de ser detenido por las gentes de Valdés, y escribió al rey desde Bayona para anunciarle su partida.

Felipe II y el arzobispo de Sevilla se creyeron burlados, por lo que se encolerizaron mucho. «Castilla entera—escribía uno—está alarimada por esta partida», y se aconsejaba á Láynez que no diera cargo alguno á Borja, mientras durara la cólera real.

Sin inquietarse por aquella agitación y encomendando á Dios el cuidado de calmarla, llegó Borja á Génova el 13 de Agosto, y á Roma, el 7 de Septiembre. «Está muy consolado—escribían desde Roma,—y todos nosotros lo estamos por su presencia, y muy edificados con su humildad y su virtud. Su Santidad le ha hecho muchos favores; quiere valerse de sus consejos en los asuntos de la religión. Su estancia aquí contribuirá grandemente al servicio de Dios.»

Felipe II, hizo entonces buscar activamente á los asesinos de Diego de Aragón. Diego de Borja se encerró en vano en una dependencia del convento de Clarisas de Madrid. Fué

sacado de allí, conducido á la fortaleza de Játiva y decapitado el 2 de Septiembre de 1562. Su hermano Felipe, condenado á muerte por contumacia, pudo huir á Africa. Quizás Diego de Borja merecía la muerte, pero no es temerario pensar que no se hubiera ordenado un castigo tan tardío, si otro que Diego no se hubiere atraído la enemistad real.

CAPÍTULO III

El general

1. *La elección*

Era evidente que por algún tiempo no había que pensar en confiar á Borja el cargo de Asistente de España. Por su parte, no aspiraba á otra cosa que á retirarse á Loreto para vivir allí en el recogimiento. Dios no había permitido la gran prueba de la cual Francisco salía dolorido, pero purificado, sino para atraerle á otro escenario, y confiarle un papel todavía más digno de él. Las tempestades tienen su significación providencial. Sin su desgracia de 1543, ¿hubiera sido religioso el duque de Gandía? Sin la prueba que le condujo á Italia, ¿hubiera desempeñado el papel que le esperaba? «Nos cuidaremos de vuestrapersona y de vuestros intereses—le dijo el Papa Pío IV.— Estamos obligados á ello á causa del gran ejemplo que habéis dado al mundo en nuestra época.» La curiosidad primero y la veneración después rodearon muy pronto á Borja. Durante la cuaresma de 1563, predicó dos veces por semana en la iglesia de Santiago de los españoles, ante el más ilustre y solícito auditorio. Los cardenales Otón Trushes, arzobispo de Augsburgo, Stanislao Hozius, obispo del Ermeland y Alejandro Farnesio, le ofrecie-